

nómico que la amurallaba y nutría. El nuevo derecho de los mercaderes que nace en los arrabales urbanos y en los puertos; el orden municipal de las villas nuevas; el novel derecho de los colonizados, el regreso a una economía de mercado, son todos elementos de un mundo en rápida organización, elementos trascendentales de un esfuerzo social instintivo por asimilar, canalizar, alimentar y utilizar el nuevo excedente de población.

Uno de los elementos que a juicio nuestro caracteriza a la Edad Media y que en cierto modo la define, es la condena de la usura y del préstamo a interés. Esa es una actitud que en estos momentos que estamos examinando pierde méritos y autoridad. Casi desde el colapso mismo del Imperio Romano hasta muy avanzada la Edad Moderna, fue lucha tenaz y generalmente triunfante la que la Iglesia sostuvo contra lo que consideró uno de los mayores pecados y peligros del mundo pagano: la utilidad, el lucro, la consecución y conservación de excedentes, manifestaciones éstas, según la Iglesia, de un mismo mal: la usura. Y en realidad, no andaba extraviada la Iglesia al considerar de tanta importancia la práctica de aquélla. Pero antes de volver en detalle hacia este aspecto trascendental del colapso medieval, prosigamos en el análisis de los elementos y factores que avanzaban configurando un orden social y económico totalmente nuevo.

Desde que se popularizan los anatemas de los primeros Padres de la Iglesia que antes vimos, el préstamo a interés, el dinero ganado por el dinero mismo vivió precaria y clandestinamente. Capitulares muy claros y precisos de Cañomagno nos recuerdan, siglos más tarde, que las prohibiciones originales conservaban toda su severa condena y sanción. Sin embargo, uno de los primeros y más agresivos elementos que insurgirán en la baja Edad Media contra el orden social existente, será el préstamo a interés. Si bien es cierto que el mismo, acaso, nunca desapareció de la actividad comercial, ya que muchos indicios lo descubren en los movimientos de los comerciantes venecianos, genoveses y pisanos, no puede negarse que la influencia de la Iglesia logró su virtual erradicación del Continente europeo, sobre todo en aquellos préstamos para adquirir artículos de primera necesidad. De modo que su presencia generalizada a la altura del siglo XII no puede menos que delatar nos un estado de cosas nuevo, o por lo menos distinto, en donde los opulentos y fanáticos adversarios que hasta entonces imperaban, van menguando su

las culturas fué respondiendo a ese reto creciente, es como podemos definir las y diferenciarlas. La Cultura Occidental respondió al desafío haciendo del lucro una actitud natural para sobrevivir en este otro gran período de la habilidad humana. De allí la naturaleza lúcrata de nuestra civilización.

Una de las características de las culturas lúcratas es la capitalización. Y una de las formas más seguras y versátiles de almacenar mayores cantidades de excedentes es el dinero, porque el dinero en sí redime al poseedor de la necesidad de almacenar bienes, ya que el dinero sitúa a su alcance los bienes excedentes de terceros. De este modo el dinero aparece como una forma de la seguridad que tan desesperadamente venía buscando el hombre. Si el lucro es una manifestación sublimada del instinto de conservación, el dinero es una de las expresiones del lucro. De allí el que hasta el presente resulte estéril todo esfuerzo por desconocerlo o extirparlo. Y el resurgimiento de la comercialización del dinero a la altura del siglo XIII es uno de los fracasos más espectaculares de la Iglesia Cristiana clásica.

El mundo cristiano se asentaba sobre bases absolutamente sólidas pero inhumanas, es decir, irreales. Para responder a los excesos del paganismo, que en su lucha mortal por la sobrevivencia había incurrido en una gigantesca producción de deshecho humano, la Iglesia, tomando por medida la derrota, el fracaso y la incapacidad, montó un aparato social que descansaba básicamente en dos conceptos: primero, el trabajo en un castigo y, en consecuencia, no podía esperarse de él más que lo suficiente para procurarse un frugal sustento diario; segundo, el hombre tiene un puesto en la escala social fijado por Dios, por lo mismo incommovible, y nada de cuanto haga podrá modificar esta situación sin peligro de incurrir en el enojo divino o caer en condena.

Así pues, el mundo proyectado por los primeros Padres de la Iglesia tenía necesariamente que ser un mundo estático, incommovible, un mundo cuya fisonomía debía ser muy semejante a la eternidad. Para este mundo, el dinero era peligro, era tentación, era presagio de males inminentes. Por ello, la aparición de la banca y el tráfico dinerario a la altura del siglo XIV no es otra cosa que el derrumbe y el fracaso absoluto de la Iglesia en su empeño de construir un hombre, su hombre cristiano, esfuerzo en el que se despilfarraron vidas, recursos, cono-

cimientos científicos y sabiduría a lo largo de 1,000 años. Por ello mismo, debemos reconocer que esa insurgencia absorbente del dinero es un triunfo absoluto de la cultura lúcrata contra uno de los más serios, profundos y completos esfuerzos que filosofía alguna jamás realizara para construir una sociedad: la sociedad cristiana.

Ya vimos antes que el orden que acompaña al dinero en su nuevo imperio se diferencia radicalmente del mundo que lo anida. Es el orden social de la burguesía. Y despojado ahora el instinto lucrático de las severas y sólidas ataduras escolásticas, provocará una verdadera explosión en la forma de la conducta social. El tiempo histórico adquirirá velocidad sin precedentes y así, a diferencia del milenio anterior en el cual las generaciones se prolongaban virtualmente inmutables en el espacio y dentro de un mismo tiempo histórico, ahora todo pregonará profundos e imprevisibles cambios.

El asalto frontal al viejo mundo se produce cuando el comercio de exportación —única actividad próspera durante el medievo— aportará la base material para la gran aventura del espíritu de Occidente, o espíritu lúcrata.

Como asunto previo es importante consignar un hecho al que antes hicimos referencia: desde el siglo XII comienza a producirse en el ámbito continental europeo una verdadera explosión demográfica que aumenta ininterrumpida-

mente hasta finales del siglo XIV. Este hecho rompe el equilibrio antes logrado entre las magnitudes variables población-disponibilidades, creando un estado de relación deficitario. Significa ello que ha terminado dentro de las coordenadas del espacio-tiempo histórico occidental el período de la aptitud y se configura el período de la habilidad.

Del Período de la Habilidad

Desde luego, no es fácil determinar cuándo un grupo social o cuándo una sociedad determinada salta del período de la aptitud al período de la habilidad. Es indispensable tener en cuenta que nosotros siempre nos referimos a esquemas dentro de relativos espacio-tiempo históricos y que partimos de la convicción de que todas las culturas y sobre todo, de que todas las civilizaciones viven, inevitablemente, dentro de sus respectivos espacio-tiempo históricos, estos dos grandes períodos: el de la aptitud y el de la habilidad y que los mismos se manifiestan con los matices determinados por la relación de las magnitudes

variables, población-disponibilidades.

En las páginas precedentes fuimos enumerando y describiendo los factores que proyectaban un cambio sostenido de esas variables. Ya hemos llegado a un punto en que la relación población-disponibilidades comienza nuevamente a tornarse deficitaria y, en consecuencia, a configurarse el período de la Habilidad.

El mundo occidental ha crecido económica y espiritualmente de una manera sostenida desde los amaneceres del siglo XII. Hasta este momento, ha sido una sociedad que vivió careciendo, porque no las necesitaba, de nuevas instituciones. Las seculares bastaban y sólo la Iglesia introdujo alguna, más con el ánimo de asegurar sus intereses espirituales que de sugerir ordenamiento social alguno. En realidad, las Instituciones existentes son expresiones de un mecanismo de gobierno muy rústico y simple, como corresponde a un orden social primitivamente agrícola. Sin embargo, a la altura del siglo XIV esta otra sociedad exige un gobierno más complejo y ésta va a manifestarse por instituciones que tienden a configurar una superestructura que se distancia más y más de la necesidad humana particular, del afán del hombre cotidiano, es decir, del individuo. Es que la característica básica del período de la habilidad es la progresiva desaparición del individuo. Es el momento en que una sociedad, dueña de determinados instrumentos de producción, llega a producir determinada cantidad de excedentes, y nada más, cantidad fi-

ja de que ha de alimentarse una población creciente. Y todas las instituciones de este período, bien sean de estructura o superestructura, no son otra cosa que medios y mecanismos de distribución.

Junto al señor feudal y la Iglesia, instituciones básicas del feudalismo, fue surgiendo el gobierno de las ciudades y las villas nuevas. La burguesía naciente creó su propio derecho y su entidad de gobierno, el municipio, forma transaccional y práctica que pretendía representar los intereses de todos los productores del excedente colectivo. Y producto espontáneo de este nuevo orden de cosas es la ciudad, nuestra ciudad moderna, que poco a poco irá tomando la forma de un gigantesco coliseo donde esta sociedad dirimirá sus pleitos, donde la cultura del lucro propugnará por nuevas formas, y en donde la supervivencia del más hábil asegurará la continuidad de la cultura o de la civilización.

CAPITULO XV

LAS CULTURAS MARGINALES

Hemos analizado hasta el presente una de las culturas lícratas, tal vez la más significativa y espectacular, la llamada Civilización Occidental. Vamos ahora a referirnos a otro cuerpo de culturas, las culturas alúcratas o marginales, sociedades en las que el propósito de la utilidad no ha sido el elemento dinámico esencial.

De acuerdo a nuestra tesis, las sociedades alúcratas, son estáticas o regresivas. En el cuadro general de la historia han sido sociedades que desaparecieron o culturas vasallas o absorbidas. Se trata simplemente de organismos

sociales que han fracasado en la tarea de producir excedentes económicos ya sea por francas deficiencias culturales o por imperativos religiosos o mágicos. Algunas de ellas han sobrevivido dentro de sus purísimas formas arcaicas; otras llegaron a desarrollar verdaderas estructuras civilizadas, con extraordinarias superestructuras intelectuales. Las sobrevivientes, del tipo que fueren, moran en la periferia de la Civilización Occidental. En este tipo de sociedad, el individuo no aspira a la obtención de la mayor cantidad de excedentes, ni le importa el precio a pagar por los mismos, ya que fuerzas o valores de otra naturaleza conjuran las exigencias del instinto de conservación. Tal el caso, por ejemplo, de los indios Kogis, que habitan las estribaciones del noreste de la Sierra Nevada en Colombia. "Lo escarpado de la montaña y el grado de erosión --dice un investigador-- enfrentan a este pueblo agrícola a una escasez de tierra que obliga a cada familia a trabajar pequeñas parcelas en las tierras bajas y en la meseta, desplazándose de unas a otras, con un gasto considerable de tiempo y de energías. En las vertientes de estas montañas existen, sin embargo, una serie de bancales contruídos por generaciones anteriores de habitantes, en las que numerosos restos arqueológicos sugieren la existencia de una población estable y suficientemente numerosa. Estos bancales, cada uno de los cuales podía suministrar, por término medio, dos acres y medio de tierras cultivables,

za usa un rostro de común severo. Y precisamente, las inclementes condiciones naturales, casi inmutables durante todo el año en una misma región, impidieron, o dicho mejor, mantuvieron al indio de la meseta peruana en el Período de la Supervivencia. Hasta los últimos días del Imperio y aún hoy, la lucha cierta del hombre de esa región es básicamente para sobrevivir. Y así vemos cómo la forma más conspicua de esta cultura, de este orden social, es la administración, o sea la racionalización extrema y severa de la producción y el consumo. Encontraremos entonces, como una constante del gobierno inca, la búsqueda y conservación de un equilibrio entre las magnitudes variables población-disponibilidades.

Encontramos, por ejemplo, que una de las instituciones mejor observadas era el matrimonio, obligatorio hasta el punto en que la soltería no era permitida. Esto respondía al propósito de mantener una eficaz fiscalización del crecimiento poblacional ya que un desarrollo anárquico de ésta afectaba la disponibilidad de tierras, de habitual escasas, pero de otra parte, el Inca sabía que uno de sus recursos básicos era la población, único modo de garantizar la permanencia del dominio inca. Además, era la única fuerza de trabajo disponible. Toda la familia participaba en la explotación de la tierra, de allí el que las familias numerosas fueran en cierto modo las de mayores recursos económicos. Pero, en términos generales, la situación económica

del habitante del Imperio Inca era miserable. La lista que confeccionara Garcilazo de las cosas que faltaban al indio peruano corriente al momento de la conquista, es de una "longitud impresionante", dice Baudin. (1) Dos eran los recursos básicos de la economía peruana de este período: el maíz y la llama. Ambos de difícil comercialización. El primero, porque su producción era siempre deficitaria y, además, común al Continente; la segunda, por sus especialísimas características, ya que difícilmente subsistía al norte de la línea ecuatorial o en altitudes inferiores a la meseta.

"Jamás —agrega Baudin— ninguna gran civilización de la antigüedad tuvo a su disposición medios tan reducidos. Desiertos de hierba, rocas o de arena, falta de agua en la costa, falta de calor en la meseta, escasez de animales, todo constreñía a una lucha perpetua al hombre que quería vivir y crecer. Solamente la conquista exterior y una organización interna que no daba lugar al despilfarro, podían permitir la subsistencia de un pueblo en tales condiciones." (2) Estos son los elementos que configuran el marco de la cultura incaica, cultura que no conoce el lucro porque nunca pudo superar el período de la supervivencia. Y estos elementos son los únicos capaces de responder al reto que planteaba la presión intensa de una demografía creciente sobre medios de producción precarios, o dicho mejor, inadecuados. Tanto es así que

(1) L. BAUDIN: Op. Cit. Pág. 107

(2) L. BAUDIN: Op. Cit. Pág. 108

La cultura inca fué un gigantesco aparato especialmente diseñado para racionalizar el consumo de los escasos recursos disponibles. La administración rigurosa, llevada hasta sus últimas expresiones prácticas como lo fueron, por ejemplo, el control de la natalidad y el ejercicio de la caza, produjo un orden social en donde el consumo fué severamente racionado. El indio sometido al Inca no conoció jamás la abundancia, ni siquiera la satisfacción. Los excedentes que se lograsen y que en principio se destinaban al Inca y al clero, tenían la finalidad última de ser verdaderas reservas para una sociedad permanentemente amenazada por la carestía y el hambre. Por estas razones, en el ámbito del Imperio Inca no mostró sus rasgos el lucro, pero esto mismo fue lo que determinó que la sociedad Inca careciera en absoluto de capacidad imaginativa, porque el fabuloso aparato místico que gravitaba sobre sus necesidades adormeció hasta su instinto de conservación.

Sugestivo es el hecho de que la cultura Inca, por ejemplo, nunca llegó a producir excedentes estables. Y eso fué consecuencia de que en ningún momento se dedicó el capital técnico disponible a la producción. La presencia agobiadora de la estructura religiosa fué, más que el incentivo del lucro, la respuesta a la amenaza del ambiente. En estas condiciones, la correspondencia entre el esfuerzo social invertido por este sistema y los bienes que con el mismo obtenían, mantuvo siempre a la sociedad inca sujeta